

El debate contemporáneo del trabajo social argentino: diferentes conceptualizaciones y miradas en torno a la intervención profesional

Sergio Gianna*

Resumen

El presente artículo se propone analizar algunas de las matrices teóricas existentes en el debate contemporáneo del trabajo social argentino. Para ello se retoman dos visiones teórico-metodológicas existentes en el mismo: el pensamiento sistémico y el campo posmoderno en trabajo social. En particular, se analiza como aquéllas, mediante la incorporación de los presupuestos teóricos generales de dichas tendencias, articulan y construyen un conjunto de proposiciones teóricas, éticas y políticas para la intervención profesional. Así, es posible poner en cuestionamiento ciertas visiones que estudian el debate profesional actual y que señalan que la apropiación teórica de las matrices de las ciencias sociales en el trabajo social es escasa o reducida.

Abstract

This paper aims to analyze some of the theoretical matrices included in the Contemporary Discussion of the Argentine Social Work. For such purpose, two theoretical-methodological insights existing in such discussion are resumed here: the systemic thinking and the postmodern field within Social Work. It is particularly analyzed how these, through the addition of the overall theoretical assumptions of such trends, articulate and build up a number of political, ethical and theoretical proposals for professional intervention. Thus, we may question certain views which study the current professional discussion and point out that the theoretical appropriation of social science matrices within Social Work is low or reduced.

* Docente de la facultad de Trabajo Social de la Universidad Nacional de La Plata. Correo electrónico: sdgianna@gmail.com

Palabras clave/ Key Word:

Trabajo social, intervención profesional, matrices teóricas, pensamiento sistémico, campo posmoderno / Social Work, professional intervention, theoretical matrices, systemic thinking, postmodern field.

Introducción

El presente artículo tiene por finalidad presentar algunos de los resultados alcanzados en la tesis doctoral acerca del debate contemporáneo del trabajo social argentino, sus tendencias teóricas y el conjunto de proposiciones que se desenvuelven en torno a la intervención profesional.

Para ello, se considera que las profesiones en general, y el trabajo social en particular, no son un mero resultado de las transformaciones macroscópicas que configuran en cada tiempo un conjunto de problemáticas y demandas particulares, sino un proceso de interacción entre las mismas y el complejo profesional que conforma distintas respuestas profesionales a partir de las «reservas propias de fuerzas (teóricas y práctico-sociales)» (Netto, J., 1997: 86). De esto se desprenden dos factores: que existe una interacción compleja entre el trabajo social y la coyuntura específica e histórica de cada momento; y que las profesiones no producen una única respuesta, pues por el contrario aparecen proyectos profesionales que disputan la direccionalidad hegemónica del trabajo social.

De allí que el debate contemporáneo del trabajo social argentino esté inmerso bajo esta doble configuración y posee un conjunto de rasgos a destacar. El primero, que una fecha periodizadora que da origen al mismo es 1994 al crearse el primer posgrado en trabajo social del país, lo que permitió, por un lado, un corrimiento en el debate profesional, disminuyendo producciones teóricas que se centran en la gerencia social y en la cuestión de la especificidad profesional; y, por el otro, la conformación de un espacio de elaboración de conocimiento científico que impulsará progresivamente un espacio editorial en trabajo social, tanto con la publicación de dichas tesis en libros como en la progresiva aparición de distintas revistas de la profesión, en donde las referidas producciones expresan un mayor acercamiento y diálogo entre la actividad profesional y las distintas matrices teóricas¹ existentes en las ciencias sociales y en la teoría social. Otro aspecto alude a

¹ Se entiende por matrices teóricas a un *corpus* teórico que presenta un determinado modo de entender y explicar la realidad social, estando aquél constituido por un conjunto de fundamentos teórico-filosóficos que denotan la existencia de un modo específico y particular de hacer ciencia, de entender la función social de aquélla dentro de la sociabilidad y del modo de abordar analíticamente su objeto de investigación.

que se trata de un debate que aún se sigue desarrollando dentro de la profesión y muchas de sus polémicas y visiones teóricas siguen teniendo actualidad y fuerza dentro de la misma. Esto significa que las matrices teóricas que aquí se analizan siguen en vigencia y conservan sus fundamentos y aún realizan contribuciones para pensar al trabajo social y la intervención profesional. En tercer término, este debate permitió un significativo acercamiento a las distintas tendencias de las ciencias sociales y contribuyó a superar las proposiciones de la gerencia social, temática central a inicios y mediados de los años noventa del siglo pasado. En cuarto lugar, este debate se produce en el marco de las contrarreformas instauradas en el Estado con la fase neoliberal del capitalismo tardío, que produce importantes transformaciones en las políticas sociales y en las condiciones laborales de los profesionales.

En ese sentido, existe un estudio de Gustavo Parra y et al. (2009) que analiza distintas producciones escritas sobre trabajo social durante el periodo 1994-2004. En el mismo, si bien destaca que se realiza un estudio de corte cualitativo y cuantitativo de las producciones, en los avances presentados, enmarcados dentro de un proyecto de investigación, se estudian de manera cuantitativa cuáles son las principales temáticas de los registros escritos de la profesión y como aquéllas van variando históricamente con la configuración del neoliberalismo en el país.² No obstante, los autores van a proponer una hipótesis de trabajo al cierre de dicho libro, refiriéndose a que:

La dimensión teórico-metodológica —comprendida como un modo de entender y analizar la realidad social— no es suficientemente profundizada, al considerar los hechos sociales en su inmediaticidad centrándose por lo tanto en sus consecuencias. Aunque hallamos claras influencias de algunos posicionamientos presentes en el debate en el ámbito de las Ciencias Sociales en el Trabajo Social (Parra, G. et al., 2009: 145).

Es decir, si uno realizara una lectura inversa de la anterior cita, comenzando del final y luego prosiguiendo por el principio de la misma, se señala que existiría una incidencia de las distintas perspectivas de las ciencias sociales en el debate contemporáneo del trabajo social argentino, pero la misma no ocupa un lugar fun-

² No es posible retomar aquí cuáles son las principales temáticas del periodo, pero sí cabe destacar que los autores elaboran una subperiodización del periodo general de 1994-2004. El primero se extiende de 1994-1999, esto es, durante la profundización de la avanzada neoliberal durante el mandato presidencial de Carlos Saúl Menem; luego se toma el periodo 2000-2001, en el cual se produce el Argentinazo y el alzamiento del 19 y 20 de diciembre de 2001 que terminó con el mandato del presidente Fernando de la Rúa; el ciclo de estudio concluye con el periodo 2002-2004, que se podría denominar de transición del 2001, donde imperó un conjunto de experiencias organizativas de distintas clases y extractos y la salida institucional con el gobierno de Néstor Carlos Kirchner.

damental en el proceso de comprensión del trabajo social, la realidad más amplia que la contiene, las relaciones sociales, etcétera. En otros términos, la dimensión teórico-metodológica remite a las matrices teóricas que permiten analizar y explicar la realidad, conformando un conjunto categorial que, mediante sucesivas aproximaciones y mediaciones, podría contribuir a dilucidar la naturaleza del trabajo social y las particularidades que adquiere la intervención profesional.

Así, lo que se intentará mostrar es que esta hipótesis de trabajo, de la que se desconoce su comprobación o invalidación, es falsa y que en el marco del debate contemporáneo del trabajo social argentino es posible identificar distintas matrices teóricas que poseen un modo de concebir la realidad y, en ese marco, al trabajo social. Para ello se tomarán dos matrices teóricas existentes actualmente en la profesión, el pensamiento sistémico y el campo posmoderno, las cuales no son las únicas, pero sí expresan una determinada apropiación de las ciencias sociales y una configuración teórica, política y ética particular al escenario contemporáneo.

La matriz sistémica en el trabajo social

El pensamiento sistémico ha adquirido relevancia dentro del trabajo social contemporáneo a partir de los últimos 10 años, conformando un *corpus* teórico que centra sus preocupaciones en torno a la intervención profesional del trabajador social y las contribuciones que la Teoría General de los Sistemas puede brindar a la profesión.³

En ese sentido, la exposición de esta matriz teórica se enfocará en dos elementos interrelacionados entre sí: el primero, la concepción teórica en torno al modo de concebir la realidad, en el que se identificarán cuáles son los elementos retomados de la Teoría General de los Sistemas; y, en segundo término, cuál es la función social que el trabajo social desempeña y las principales cualidades presentes en la intervención profesional.

En relación con el primer punto, uno de las referentes teóricas principales de esta tendencia define al enfoque sistémico-relacional como «Un modelo de lectura de la realidad humana; es un modo de pensamiento aplicable a cualquier situación, dentro de diferentes contextos, terapéuticos o no, cuyo aspecto más sobresaliente es lo relacional» (Chadi, M., 1997: 24).

De esta cita, es posible deducir dos cualidades esenciales con respecto a la Teoría General de los Sistemas en el trabajo social: la primera, que dicho enfoque

³ Cabe señalar que aquí se tomarán las obras de dos de las autoras más representativas de esta matriz teórica, existiendo otros autores que forman parte de la misma, inclusive, estableciendo articulaciones con la Gestalt, la sicorientología, la mediación, la sociología de Pierre Bourdieu, entre otros.

se constituye en un modelo, esto es, en un molde formal-abstracto que en vez de «aprehender el sistema de mediaciones concretas que forma la red en que se constituye la unidad de intervención» (Netto, J., 1997: 92), efectúa un camino inverso, ya que construye un modelo de lectura definido con anticipación a la realidad misma, siendo esta última «amoldada» y encorsetada al modelo construido.⁴ En segundo lugar, se infiere el carácter que debe adquirir la teoría: debe ser aplicable a la realidad, esto es, fácilmente operacionalizable, y si no contribuye a producir la alteración de ciertas «variables empíricas», la teoría es otra en la práctica o la primera no es «aplicable» a la segunda.

Tal vez un elemento que también deba destacarse del pasaje anteriormente citado es cómo esta tendencia teórica coloca su foco en lo relacional como clave analítica, ya que «Los sistemas, en su fluir constante y vital, gestan el armado de sus tejidos de relaciones, a modo de un «rompecabezas» donde cada pieza ocupa un «lugar» determinado en la armonía del conjunto» (Chadi, M., 2000: 20).

Y si bien Mónica Chadi destaca que ese «lugar» no es fijo y puede variar, existe en todo sistema una doble dinámica de la «estabilidad y el cambio», en la medida que

Todo sistema dicta sus propias pautas de funcionamiento, que establecen su dinámica y su interacción. Estas reglas permanecen estables de acuerdo a cada ciclo evolutivo [...] Dicha característica determina su condición de homeostasis, cualidad que es entendida como un «estado relativamente constante que se mantiene mediante la autorregulación» (Chadi, 2000: 33).

Cabe señalar que en estos planteamientos iniciales ya puede observarse la incorporación de los aspectos más generales de la Teoría General de los Sistemas, sobre todo, en el excesivo énfasis en lo relacional y en la dinámica que cada sistema posee. Ludwig von Bertalanffy, en su libro *La teoría general de los sistemas*, revela esta preocupación sobre el elemento relacional cuando advierte que

El sentido de la expresión algo mística «el todo es más que la suma de sus partes» reside sencillamente en que las características constitutivas no son explicables a partir de las características de partes aisladas. Así, las características del complejo, comparadas con las de los elementos, aparecen como «nuevas» o «emergentes». Sin embargo, si

⁴ Este elemento no es un aspecto exclusivo de dicha tendencia teórica, sino que se vincula a una racionalidad formal-abstracta que niega la contradictoriedad de la realidad, afirma su equilibrio y progreso lineal y reduce a la razón a un conjunto de reglas formales que habilitan a manipular un conjunto de datos y fenómenos de la realidad. Sobre este fenómeno más amplio de las ciencias sociales, ver György Lukács (2012); y sobre su influencia en el trabajo social, José Paulo Netto (1997).

conocemos el total de partes contenidas en un sistema y la relación que hay entre ellas, el comportamiento del sistema es derivable del compartimento de las partes (1980: 55).

Esta noción sostenida por Bertalanffy lleva a una concepción de «totalidad cerrada», porque para dicho autor sería factible la delimitación de todos los componentes de un determinado sistema, como si fuera posible descomponer la realidad de forma absoluta en sus elementos. Es decir, pareciera que para la Teoría General de los Sistemas sería viable conocer «el total de partes» de un sistema, cayendo en una concepción absolutista del conocimiento, al desconocer el aspecto absoluto y relativo del conocimiento científico, ya que el primero reconoce que el conocimiento representa una aproximación efectiva a la realidad objetiva y sus principales cualidades, volviéndola de una realidad en sí a una realidad para nosotros, pero todo conocimiento científico es aproximativo al reflejar una totalidad compuesta por vínculos orgánicos e históricos que son cambiantes e imposibles de aprender plenamente, en términos de su complejidad y extensión, en el plano del pensamiento (Lukács, G., 1975). Del mismo modo, la Teoría General de los Sistemas no concibe a las «partes» del sistema como totalidades menos complejas insertas en otras más complejas y veda su «autonomía relativa». Para Bertalanffy, al igual que para Durkheim,⁵ el todo de los sistemas serían «exteriores, superiores y anteriores» a sus partes y, por ende, no transformables por las mismas.⁶

Algo similar ocurre con respecto a la dinámica que poseen los sistemas. Bertalanffy considera que existen sistemas que son cerrados en la medida que «el estado final está inequívocamente determinado por las condiciones iniciales» (1980: 40), mientras que otros sistemas son abiertos porque «pueden alcanzar el mismo estado final partiendo de diferentes condiciones iniciales y por diferentes caminos» (1980: 40). Es decir, si en el primer tipo de sistemas no existe un intercambio con el medio y el estado final está determinado por sus condiciones iniciales, en el segundo existen *inputs* y *outputs* distintivos que por distintos procedimientos y caminos se conduce al mismo estado final. ¿Qué significa esta distinción? Que a

⁵ Al igual que Emile Durkheim y el positivismo, que tiende a homologar la procesualidad de la naturaleza con el mundo de los hombres, la Teoría General de los Sistemas presenta una continuidad con este aspecto, al señalar que es aplicable a cualquier tipo de sistema, siendo un nuevo paradigma científico que «es circunscriptible como 'ciencia de los sistemas', o sea la exploración y la explicación científicas de los 'sistemas' de las varias ciencias (física, biología, psicología, ciencias sociales...), con la teoría general de los sistemas como doctrina de principios aplicables a todos los sistemas» (Bertalanffy, L., 1980: XIII).

⁶ Cabe destacar que esta noción crítica respecto a la de Bertalanffy se encuentra en György Lukács (1981, 2012), quien advierte que la realidad es un «complejo de complejos» cuyo nivel de mayor abstracción y universalidad se ubica en tres esferas interrelacionadas entre sí: la naturaleza inorgánica, la naturaleza orgánica y el mundo de los hombres. Esta unidad no es indiferenciada, sino que cada esfera posee su propia procesualidad que las distingue entre sí y una autonomía relativa entre cada una de ellas.

pesar de las particularidades en estos tipos de sistemas, los mismos comparten una doble tendencialidad:

Uno es la equifinalidad, la tendencia a un estado final característico a partir de diferentes estados iniciales y por diferentes caminos, fundada en interacción dinámica en un sistema abierto que alcanza un estado uniforme; otro, la retroalimentación, el mantenimiento homeostático de un estado característico o la búsqueda de una meta, basada en cadenas circulares y en mecanismos que devuelve información acerca de desviaciones con respecto al estado por mantener o meta por alcanzar (Bertalanffy, L., 1980: 46).

Si se piensa en el sistema social se podría afirmar, y esto es parte de los planteamientos de Mónica Chadi, que su dinámica natural se inclina al equilibrio y que, a lo sumo, debe actuarse sobre aquellas partes que rompen con dicha dinámica, de modo de restablecer los lazos sociales existentes y promover su carácter homeostático. Aquí se instaura el carácter apologético de la Teoría General de los Sistemas, al presentar en el pensamiento científico una justificación y naturalización del estado actual de las cosas y de las relaciones sociales. Según Lukács, además de una apologética directa, que niega la existencia de contradicciones y conflictos dentro de las relaciones sociales, se desenvuelve una apologética indirecta que transforma los aspectos históricos de un periodo en «cualidades inherentes a la existencia humana en general, a la vida misma, sin más» (1959: 167). En el caso de la Teoría General de los Sistemas se observa una apologética indirecta ya que, de forma general, se refiere a que si hay desajustes en un sistema este tiende siempre al equilibrio o, en términos de Bertalanffy, «En el estado de totalidad, una perturbación del sistema conduce a la introducción de un nuevo estado de equilibrio» (1980: 71).

Así, las consideraciones analíticas hechas sobre Bertalanffy versan en torno a cómo el pensamiento de este autor ha sido incorporado en el trabajo social argentino y las proposiciones generales en torno a cómo considerar la realidad —conformada por sistemas— y el hecho de que su dinámica —basada en la homeostasis— cobra significancia en torno a ciertas proposiciones en torno a la intervención profesional.

En vinculación con esto, se observa que existe dentro del trabajo social de raíz sistémica una concepción donde los sistemas encuentran distintos niveles, primario, secundario e institucional, y la profesión tendría como principal foco de actuación la red primaria: la familia y las relaciones familiares. Para Mónica Chadi, lo familiar es el ámbito por excelencia de lo vincular, ya que es «el primer eslabón de la cadena que forma la 'red social total', conformando la micro-unidad inicial de la

onda de expansión que significa la sociedad en su conjunto» (2005: 36). Es decir, la familia es el ámbito donde debe buscarse la «cooperación natural» que permita acrecentar «la fe del sistema familiar en sí mismo y en sus posibilidades», de modo de amentar «su autoestima y su propia valorización» (Chadi, 1997: 46). En síntesis,

La familia, como integrante de la Red primaria, es la unidad estructural mínima dentro del universo del tejido relacional. Esta cualidad es vital tenerla en cuenta ya que, en el interior de la misma, habitualmente se gesta la disfuncionalidad que luego dará lugar a la convocatoria de los demás circuitos intersistémicos que se convertirán en la «extensión de apoyo» para el encuentro de soluciones. Es decir que la problemática, como emergente de una disfuncionalidad general, se manifiesta como síntoma dentro de esta micro agrupación (Chadi, M., 1997: 40).

Este pasaje retrata cómo la familia es, para el abordaje sistémico, la unidad esencial, la estructura mínima de todo sistema social. Esto explica porqué este enfoque teórico prioriza en la intervención profesional el trabajo con familias, ya que se concibe que en ellas se producen las disfuncionalidades que pueden extenderse a otros sistemas sociales o redes secundarias. En otras palabras, en la familia se generan problemas relacionales que pueden tener algún grado de impacto sobre la propia red primaria y sobre aquellos sistemas con el que mantienen vínculo —red secundaria e institucional—. En ese sentido, hay una responsabilización de la familia acerca de los problemas sociales, ya que en su núcleo se generan ciertas problemáticas sociales. La centralidad otorgada a la familia por parte del trabajo social sistémico es consecuente con la finalidad de la profesión y su intervención, vinculada a «recomponer un tejido social» (Chadi, M., 2000: 115), ya que la «socioterapia [...] es una modalidad de abordaje profesional, promocional, preventiva, educativa y asistencia, que tiende a la rehabilitación, la reinserción de las personas» (Calvo, L., 2009: 20).

Este «tejido social», que necesita ser recompuesto, se relaciona con una concepción en torno a la cual el sistema social posee ciertas partes o elementos que «funcionan mal» y que deben ser rehabilitados, esto es, reinsertos al primero. Para ello, se propone dejar de trabajar con «lo que falta» o lo disfuncional y que se parta de los recursos y de los aspectos sociales de los individuos y grupos sociales. Según Carlos María Díaz Usandivaras,

lo nuestro [refiriéndose al trabajo social] es más bien ayudar a la gente que no logra por las suyas resolver sus problemas, descubriéndoles sus recursos y habilidades no

utilizadas, ampliando alternativas, desbloqueando restricciones en las conductas, a veces consecuencia de creencias y maneras de pensar, que limitan su competencia (en Chadi, M., 2005: 86-87).

En otras palabras, el pensamiento sistémico en trabajo social coloca, como finalidad de la intervención, el énfasis en la capacidad que poseen los individuos y, a lo sumo, los grupos sociales para resolver sus problemáticas sociales mediante sus propios recursos, siendo la intervención del trabajador social lo que permite «activar los recursos propios del cliente, suponiendo un desarrollo a través de su autodeterminación» (Chadi, M., 2005: 22).

Esto se articula con las concepciones acerca de las redes secundaria e institucional y el tipo de vinculación que tienen con la familia. El primer tipo de red, el secundario, refiere a relaciones más próximas a la red primaria, como los grupos recreativos, religiosos y laborales que pueden actuar como «redes de contención» o «extensión de apoyo» frente a un desequilibrio familiar. Este será el objetivo del trabajo de red que, partiendo de la familia, busca establecer «puentes» con las redes secundarias para «instrumentar una organización coherente en la red social que garantice la salud en sentido general, a través de su transformación en una unidad de apoyo, fortalecimiento y esclarecimiento» (Chadi, M., 1997: 76). Así, la solución a los problemas sociales se encuentra en los recursos y capacidades propias de la familia o en las redes secundarias. Esto explicaría por qué las autoras dentro del trabajo social sistémico desdeñarían la lógica de derechos, ya que esta generaría un cierto grado de dependencia de los individuos a sistemas considerados artificiales y no naturales. En palabras de Chadi, «La convocatoria del 'sistema profesional' suele generar una 'perturbación ecológica' [...] se accede a ellas, por necesidades específicas que las tramas primarias no pueden satisfacer» (1997: 57). Y, en otro de sus textos, la autora, citando a Carlos María Díaz Usandivaras, completa estas ideas comparando el trabajo con la red primaria y lo que sucede con la inclusión de la red institucional:

El concepto de red primaria [...] tiene la ventaja [...] que retiene la responsabilidad por la conducta y por sus resoluciones en el individuo y en su familia, apelando a sus propios recursos, en vez de tender a la desresponsabilización, por depositación de éstos en las instituciones, perpetuando la dependencia (1997: 47).

Al mismo tiempo, estas tendencias son complementadas con las nociones de autoestima y resiliencia, ya que «el escaso amor a sí mismo es el origen de varios conflictos en los seres humanos. Dificultades en el trabajo, imposibilidad de con-

cretar relaciones afectivas saludables, enfermedades, tienen su origen en un no poder aceptarse como se es» (Calvo, L., 2009: 31). Los problemas sociales dejarían de tener entonces una dimensión social y colectiva y pasan a ubicarse en una dimensión individual, siendo el inconformismo del individuo el que conduce a que existan distintas problemáticas sociales. Por ello, el trabajador social debería imprimir en su intervención una orientación tal que le permita promover la resiliencia, esto es, «el desarrollo de diferentes valores, los conceptos de solidaridad, de amor a sí mismo, al semejante y al diferente, la autoaceptación y la aceptación del otro» (Calvo, L., 2009: 39).

En síntesis, la intervención del trabajo social estaría permeada por dos parámetros implícitos: por un lado, introducir una 'inducción comportamental' al ubicar los problemas sociales al nivel de lo relacional, como si este fuera el único aspecto que se presenta dentro de la intervención profesional y hubiera «relaciones válidas y otras inválidas»; y, por otro lado, este énfasis excesivo en lo relacional termina ocultando y negando aquellas determinaciones macroestructurales que atraviesan a los procesos sociales y a las problemáticas, como es el caso de las mediaciones existentes entre el metabolismo del capital y sus consecuencias deshumanizantes con las que se enfrenta el profesional en la intervención. Pese a que se advierte el tránsito de lo psicológico a lo relacional, también aparece una tendencia a la «psicologización de la cuestión social», al concebir, particularmente en la familia, determinadas etapas en su ciclo y «comportamientos esperables» en sus miembros. Según Mónica Chadi, en la intervención con familias es necesario «investigar en qué etapa del ciclo de la vida familiar se encuentra la familia y si las reglas de funcionamiento de la misma corresponden a dicho ciclo» (1997: 35), ya que existirían periodos de anomia, como un momento «sin reglas que se instalará entre el abandonar las pautas de funcionamiento conocidas y aplicadas en el ciclo anterior y el de ser suplantadas, por las nuevas que van surgiendo» (1997: 70).

En conclusión, podrían hacerse dos observaciones finales en torno al trabajo social de matriz sistémica. La primera, que existe una incorporación de la Teoría General de los Sistemas para pensar la profesión y la intervención profesional. La segunda, que dicha tendencia propone la construcción de un «trabajo social independiente», desligado de los ámbitos estatales y de la sociedad civil, basado en «consultorios sociales» en las que el profesional vende sus servicios profesionales y los usuarios deben pagar para su acceso.

El campo posmoderno en trabajo social

El campo posmoderno en el trabajo social argentino se ha constituido en una ma-

triz teórica de relevancia dentro de la profesión y, al igual que en la tendencia anterior, existe una fuerte reciprocidad entre las proposiciones generales del campo posmoderno y las propuestas en torno a la intervención profesional.

Uno de los autores identificados en el campo posmoderno en trabajo social,⁷ Alfredo Carballada, señala que la modernidad es un contrato social que permitió a los hombres salir de su estado de naturaleza y «el motor fundamental de la modernidad es la idea de 'progreso indefinido', que connota una valoración positiva del cambio» (2002: 38), ya que todo lo nuevo es superior a lo antiguo, al existir una noción ascendente e ilimitada del progreso que se funda en la razón, que «se construye en cuanto razón matemática, de mane-ra cuantificadora e instrumental, mediante la formulación de leyes, o sea el establecimiento de relaciones causales necesarias y constantes entre la naturaleza y los fenómenos» (2004: 35).

Según el autor, estos elementos que se presentan como progresistas y emancipadores son en realidad todo lo contrario, ya que «la fundación de las formas para lograr la cohesión en el terreno de la paz, alcanzada luego del pacto de sujeción, es también el momento de construcción de los instrumentos de coerción que se relacionarán con los bordes, los márgenes de ese contrato» (Carballada, A., 2002: 16). Para Carballada, la modernidad y la Ilustración actuaron «con diferentes grados de violencia según las épocas» (2002: 43), al tiempo que tienen «una finalidad más relacionada con el resguardo del orden establecido que con la transformación de la realidad» (2002: 44).

En otras palabras, esta visión afirma que la modernidad conforma un conjunto de dispositivos institucionales y prácticas sociales que, presentándose bajo el ropaje de la emancipación, instalan el terror, la opresión y el dominio sobre un «otro» que no accedió al mundo moderno, debiendo ser «tutelado» para convertirse en sujeto libre y racional.

Esto es lo que inaugura la «intervención en lo social», ya que es la «vía de ingreso a la modernidad dirigida a aquellos que cada época construye como portadores de problemas que pueden disolver al 'todo social'» (Carballada, A., 2002: 21). Siguiendo al autor referido, esta «intervención en lo social» cumple funciones ligadas a la clasificación y delimitación de lo normal y anormal y establece formas de disciplinamiento. Esto significa que «desde las prácticas de intervención fueron

⁷ Si bien existen distinciones y puntos de diferenciación entre las distintas concepciones en torno a la posmodernidad, de allí que se hable de un campo posmoderno y no de una teoría posmoderna (Netto, J., 2004), en esta sección se trabajará con la obra de Alfredo Carballada, tanto porque es un fiel representante del campo posmoderno en trabajo social, como porque su producción teórica es prolífica y diversa, pudiéndose hacer un tratamiento profundo de sus consideraciones antes que un tratamiento superficial de distintos autores.

construyéndose dominios de saber cada vez más tecnologizados que generan la aparición de 'diferentes' donde antes había 'iguales'» (2002: 42).

Estas consideraciones iniciales de Carballada son consecuentes con los presupuestos generales del campo posmoderno en las ciencias sociales, fundamentalmente en lo que respecta a la inversión que se produce entre los términos modernidad y capitalismo, conduciendo a un «entificación de la razón», ya que

La razón es la responsable por las «falacias» que se revisten de carácter de las «promesas» de la Modernidad —el control optimizado de la naturaleza (que, de hecho, se revelaría como destrucción y vestíbulo de la catástrofe ambiental) y la interacción humana emancipada (que, en verdad, se mostraría como opresión y heteronomía). Es el movimiento de la razón moderna al que se le atribuyen las realidades constitutivas de la sociedad urbano-industrial, con su cohorte de secuelas perjudiciales, de la opresión generalizada a vacíos mitos libertarios y a la destrucción de los ecosistemas (Netto, J., 2004: 158).

Es decir, esta «entificación de la razón» oculta, por un lado, que la razón moderna se encarnó dentro de una determinada forma histórica de sociabilidad que es el modo de producción capitalista. Con ello, el campo posmoderno tiende a velar el orden del capital y a culpabilizar a la modernidad y a su *ratio* por el incumplimiento de sus promesas. Por otro lado, se desconoce que la razón moderna en realidad quedó reducida a una racionalidad instrumental que cumple la función social de desarrollo de las fuerzas productivas y se emparenta con los procesos manipulatorios del capitalismo tardío.

Este planteamiento aparece reflejado en autores como Boaventura de Sousa Santos, adherente al campo posmoderno, quien señala que la modernidad ha estado vinculada a un pilar de la regulación, conformado por el Estado, el mercado y la comunidad; y un pilar de la emancipación, ligado a una racionalidad cognitivo-experimental, una racionalidad moral-práctica y una racionalidad estético-expresiva. Según el autor, la crisis actual, que no es más que la crisis de la modernidad, remite a que «el pilar de la emancipación se transformó en el doble pilar de la regulación» (2006: 120). La absorción del pilar de la emancipación por el de la regulación es producto de «un proceso de superación y, en parte, un proceso de obsolescencia» (2006: 87), ya que la modernidad habría cumplido en exceso algunas de sus promesas y, al mismo tiempo, es incapaz de efectivizar otras. En una línea semejante, Jean-François Lyotard expresa la misma entificación de modernidad y de la razón moderna como responsable de la condición posmoderna, cuando el autor señala que

El proyecto moderno (de realización de la universalidad) no ha sido abandonado ni olvidado, sino destruido, «liquidado». Hay mucho modo de destrucción, y muchos nombres le sirven como símbolos de ella. Auschwitz puede ser tomado como un nombre paradigmático para la «no realización» trágica de la modernidad (1996: 30).⁸

Entonces, el trabajo social emerge no para atender las problemáticas sociales que se derivan de una sociabilidad sociohistórica —capitalismo—, sino para actuar sobre aquella «otredad» que no ingresó en la modernidad. Aquí se manifiesta la inversión entre capitalismo y modernidad, pero también esta aparecerá vinculada a un segundo elemento general del posmodernismo: la primacía o centralidad del saber, lo simbólico y el lenguaje.

Para Carballada, la «intervención en lo social» es una construcción discursiva y simbólica, una forma de saber que forja discursos de verdad y prácticas de poder, ya que «se generan dominios de saber que imponen nuevos objetos, conceptos y técnicas de intervención que, en definitiva, construyen nuevos sujetos de conocimiento» (2002: 26). Lo social, de este modo, sería una cimentación social y discursiva que genera determinados sujetos de conocimiento, a partir de un juego de registro, análisis e intervención. Esto significa que la realidad, y más particularmente lo social, es una «construcción que puede presentarse como discursiva y que genera sujetos de conocimiento. En términos de cotidianidad, lo social se construye a partir de imaginarios sociales, de representaciones» (Carballada, A., 2002: 95-96).

La razón cumple, a partir de los dispositivos de saber, la función de producir verdades que son las que generan efectos de poder y el trabajo social formaría parte de los dispositivos de poder-saber de la «intervención en lo social», al volverse necesaria una disciplina normativa que sea capaz de actuar, como campo de conocimiento, en el «afuera» institucional, en la cotidianidad y en los márgenes de la sociedad.

Esta concepción acerca del trabajo social posmoderno retoma elementos que provienen del estructuralismo y que son directamente recuperados por el campo posmoderno,⁹ sobre todo en esta reducción de la realidad a símbolos y discursos

⁸ Ambos autores coinciden en el diagnóstico de la época: la crisis de la modernidad, pero se distinguen en la solución a la misma. Santos propondrá un posmodernismo de oposición, que reconoce que los problemas de la crisis son modernos, pero sus soluciones deben superar a la modernidad, es decir, ser posmodernos. Por el contrario, Lyotard forma parte de un posmodernismo de celebración, ya que concibe que la modernidad ha sido una falacia y, en cuanto tal, no existen problemas —ni soluciones— modernas y lo que hay que hacer es celebrar lo existente.

⁹ La corriente estructuralista se caracteriza por ser una tendencia protoposmoderna (Rodríguez, M., 2006) al desarrollar ciertos aspectos que son directamente recuperados por la posmodernidad. Entre ellos, podría enunciarse: a) la centralidad de los discursos y el lenguaje; b) la crítica a la razón moderna como razón

que engloban todo y consideran que las relaciones sociales, los individuos, sus identidades y subjetividades son construcciones del lenguaje. Inclusive, el estructuralismo de Michel Foucault, caracterizado por el saber-poder, incurre en este reduccionismo, ya que las «prácticas —tales como clasificar, medir y evaluar personas— tienen origen en el campo del discurso, donde los individuos son consignados a categorías diferentes de pensamiento y descripción» (Macnally, D., 1999: 36).

De ese modo, el trabajo social se vincularía con las episteme planteadas por Foucault, como «amalgama de categorías y saberes que conforman la apertura y cierre de conocimientos» (2007: 48), en la medida que los dispositivos de saber generan sujetos de conocimiento, amalgama sobre la cual intervienen instituciones que producen efectos de poder. En dicho marco, la intervención profesional es caracterizada por el campo posmoderno como un trabajo en torno a las simbolizaciones y representaciones que los individuos poseen, ya que la misma «no transforma ni agrega, sino como un dispositivo que 'hace ver' aquello que ese otro tiene. Este accionar es planteado como una posibilidad de construcción de una enunciación diferente de lo que se presenta dentro del espacio-tiempo de la intervención» (Carballeda, A., 2008: 44).

De acuerdo a Carballeda, los problemas sociales son representaciones y textos e intervenir sobre estos supone «reescribir los textos y guiones que se presentan como inamovibles, expresando una escena marcada por el determinismo naturalista» (2008: 14) y, fundamentalmente,

La necesidad de una búsqueda, de una construcción, de una modalidad discursiva diferente, determinada ahora por el sujeto, por su propia palabra, por su singularidad [...] buscando desde allí una resemiotización de aquello que se construye discursivamente como hegemónico. Una alternativa de la gramática que permita una nueva enunciación de lo real (Carballeda, A., 2002: 111).

Como todo es representación, lenguaje y símbolo, se debe priorizar en la intervención de la «palabra, la mirada y la escucha». Esto trae aparejado tres aspectos problemáticos. El primero, que si bien puede existir una dimensión «extradiscursiva», la misma ocupa un lugar secundario en relación al trabajo con las representaciones e imaginarios de los individuos. En vinculación con ello, y en segundo término, esto conduce a un progresivo abandono de las prestaciones o gestión de recursos

totalizadora; c) la celebración de las resistencias marginales; y d) la fusión entre un lenguaje no discursivo que incorpora dimensiones propias de la estética.

materiales. Y, en tercer lugar, si la verdad se encuentra en la subjetividad y no hay causas para los problemas sociales, sino motivaciones, la pluralidad y la fragmentación de posiciones vuelve dificultoso, por no decir casi imposible, una articulación entre lo singular y lo colectivo, existiendo solo fragmentos subjetivos inconexos entre sí.¹⁰

Así, la preeminencia en lo discursivo y simbólico en el trabajo social posmoderno es constitutivo del campo posmoderno en las ciencias sociales, cuando aquellos reconocen que existe una sociedad de la comunicación generalizada, donde el «bombardeo» de información vuelve infranqueable los límites entre lo ideal y lo real, conformándose una «hiperrealidad» basada en simulacros. Con ello, los hombres de «carne y hueso» se convierten en figuras fantasmales que habitan y se mueven en textos diferentes que constituyen su identidad.

Esta «semiologización de lo real» aparece en Carballada como una «semiologización de las problemáticas sociales», ya que toda relación entre el referente y los signos desaparece, siendo los últimos la única realidad existente y posible y al actuar sobre esta se produce una «inducción comportamental» dirigida a que los individuos incorporen ciertas representaciones que les viabilicen la resolución de sus problemáticas. Como se observa, el trabajo social posmoderno también incorpora los presupuestos del campo posmoderno y genera una proposición en torno a la intervención que tiende a desdeñar y desconocer la realidad objetiva y centrar su accionar en la dimensión subjetiva de las problemáticas sociales que, al mismo tiempo, al vincularse con las representaciones que los individuos tienen sobre las mismas, pierden su carácter social y se vuelven problemáticas de corte individual.

Consideraciones finales

El recorrido hecho en este trabajo ha intentado demostrar cómo en el debate contemporáneo del trabajo social argentino, y más particularmente en el pensamiento sistémico y en el campo posmoderno, existe una profunda articulación entre la distintas matrices teóricas existentes en las ciencias sociales y el trabajo social y cómo del diálogo prolífico entre ambas emerge un conjunto de proposiciones en torno a la intervención profesional.

¹⁰ Aparecen también otros elementos que no pueden ser trabajados aquí y que son cualidades del pensamiento posmoderno: la celebración del fragmento y la pérdida de la totalidad; la superación de la concepción de la realidad como fenómeno-esencia; la transformación de la categoría de verdad en retórica que se fusiona con el arte, entre otros.

Esto queda evidenciado en cómo el pensamiento sistémico propone una intervención profesional de los trabajadores sociales, cuya finalidad es el tratamiento y mejoramiento de los vínculos relacionales existentes en el sistema primario, la familia, y cómo el trabajo en red, incluyendo el sistema secundario, puede contribuir a superar las situaciones de anomia y desequilibrio existentes en la misma. La recuperación de la obra de Ludwig von Bertalanffy, uno de los fundadores de la Teoría General de los Sistemas, permitió dilucidar cómo ya en este autor aparece un conjunto de categorías teóricas que son apropiadas por parte de los autores en trabajo social que se adhieren al pensamiento sistémico.

En ese sentido, las reflexiones que aparecen en los autores del pensamiento sistémico en trabajo social asumen algunas de las premisas esenciales de la Teoría General de los Sistemas: la «estabilidad en el cambio», cuya dinámica homeostática caracterizaría a todos los sistemas; la existencia de determinadas pautas de funcionamiento, que introduce un conjunto de variables que permiten medir y evaluar la «normalidad» o «anormalidad» de los sistemas según sus ciclos evolutivos; y una visión «absolutista» de los sistemas al existir patrones universales y generales que regulan y establecen su dinámica. Estos elementos aparecerán en el trabajo social sistémico al aprehender la realidad desde la existencia de distintos «grados» o niveles de sistemas y la dinámica de funcionamiento que aquéllos poseen.

No resulta casual, en primer término, la preocupación por lo relacional, la dinámica de la familia y la necesidad de reordenar los lazos sociales existentes en la misma. En segundo lugar, la función social que el trabajador social debe desempeñar va acorde a esta concepción de realidad: el profesional actúa en las dificultades relacionales del sistema primario que impiden un funcionamiento homeostático del mismo, de modo de «ayudar» a los «clientes» a «activar sus propios recursos o capacidades». En tercer término, se produce una cierta separación entre los niveles del sistema: el énfasis en el círculo primario tiende a incorporar en el trabajo profesional el secundario, pero ubica al nivel institucional como algo «artificial» que produce «clientelismo y dependencia», volcando la intervención profesional en un nivel individual y familiar que rechaza los derechos sociales adquiridos y la propia noción de ciudadanía.

Del mismo modo, el campo posmoderno incorpora dentro del trabajo social un conjunto de preocupaciones y proposiciones que devienen de dicha matriz teórica. Resulta oportuno aquí destacar dos rasgos centrales del campo posmoderno: su diagnóstico de época, que deviene de la crisis de la modernidad y la emergencia de una fase posmoderna, y las transformaciones que esto generaría en el ámbito de la vida social, volviéndose esta un «simulacro» o «hiperrealidad» y donde la

ciencia, como forma predominante de conocimiento en la modernidad, pierde su legitimidad basada en los metadisursos y pasa a generar un conocimiento centrado en lo microsocioal y las diferencias.

Este diagnóstico de época aparece claramente reflejado en los aportes de Carballada, quien no solo comparte una visión en torno a la modernidad, basada en la «entificación de la razón moderna», sino que destaca cómo la sociabilidad actual estaría en crisis y avanzaría sobre un nuevo estadio societal de carácter posmoderno. Así, las explicaciones en torno al surgimiento del trabajo social en la modernidad y bajo los dispositivos de saber-poder, como de la intervención profesional en la contemporaneidad, incorporan un modo de concebir la realidad basado en el campo posmoderno y las proposiciones que el autor realiza en torno a la intervención profesional se encuentran permeadas por la misma: el énfasis en que la verdad está en la subjetividad y la generación de modalidades discursivas distintas dan cuenta de ello.

La recuperación de estos elementos, expuestos a lo largo de este trabajo, intenta demostrar la invalidez de la hipótesis sostenida por Gustavo Parra et al. (2009) acerca del debate contemporáneo del trabajo social argentino y cómo en los últimos años se ha ido profundizando el diálogo entre las ciencias sociales y la profesión, al articularse la incorporación de las matrices teóricas de las primeras y la elaboración de un conjunto de proposiciones en torno al trabajo social, las políticas sociales y la intervención profesional.

Quizás estas concepciones teóricas, junto con otras que no han sido abordadas aquí —como la perspectiva histórico-crítica de cariz marxista, el influjo bourdiano, una tendencia comprensivista—, aún no han madurado completamente en la conformación de proyectos profesionales, pero los gérmenes de los mismos se encuentran en dichas proposiciones teóricas, éticas y políticas que plantean formas concretas —y antagónicas— de entender a la profesión y la función social que la misma debe desempeñar dentro de la sociabilidad capitalista.

Bibliografía

Bertalanffy, Ludwig Von, 1980, *Teoría general de los sistemas*, México, Fondo de Cultura Económica.

Calvo, Liliana, 2009, *Familia, resiliencia y red social. Un abordaje experiencial en el Trabajo Social con familias*, Buenos Aires, Espacio Editorial.

Carballada, Alfredo, 2002, *La intervención en lo social*, Buenos Aires, Paidós.

Carballeda, Alfredo, 2004, *Del desorden de los cuerpos al orden de la sociedad*, Buenos Aires, Espacio Editorial.

Carballeda, Alfredo, 2008, *Los cuerpos fragmentados*, Buenos Aires, Paidós.

Chadi, Mónica, 1997, *Integración del Servicio Social y el enfoque sistémico-relacional*, Buenos Aires, Espacio Editorial.

Chadi, Mónica (2000). *Redes social en el Trabajo Social*. Buenos Aires: Espacio Editorial.

Chadi, Mónica, 2005, *Familia y tratamiento familiar. Un desarrollo técnico-práctico*, Buenos Aires, Espacio Editorial.

Lukács, György, 1959, *El asalto a la razón*, México, Fondo de Cultura Económica.

Lukács, György, 1975, *La crisis de la filosofía burguesa*, Buenos Aires, La Pléyade.

Lukács, György, 1981, *Per l'ontologia dell'essere sociale*, Roma, Editori Riuniti.

Lukács, György, 2012, *Para una ontología do ser social I*, San Pablo, Boitempo Editorial.

Lyotard, Jean-François, 1996, *La posmodernidad (explicada a los niños)*, Barcelona, Gedisa Editorial.

Macnally, David, 1999, «Língua, histórica e luta de classe», en Ellen Meiksins Wood, John B. Foster (comps.), *Em defesa da história: marxismo e pós-modernidade*, San Pablo, Jorge Zahar Editores, pp. 33-49.

Netto, José Paulo, 1997, *Capitalismo monopolista y Servicio Social*, San Pablo, Cortez.

Netto, José Paulo, 2004, *Marxismo impenitente*, San Pablo, Cortez Editora.

Parra, Gustavo, et al., 2009, *El debate contemporáneo en el Trabajo Social argentino*, Buenos Aires, Ediciones Cooperativas.

Rodrigues, Mavi, 2006, *Michel Foucault sem espelhos: um pensador prot pós-moderno*, tesis de Doctorado, Escola de Serviço Social da Universidade Federal do Rio de Janeiro, Brasil.

Sousa Santos, Boaventura de, 2006, *De la mano de Alicia. Lo social y lo político en la postmodernidad*, Cali, Edición Uniandres.